

# Hegemonía y estrategia independentista

UNAI APAOLAZA AMENABAR

# Índice

## Hegemonía y estrategia independentista

Unai Apaolaza Amenabar

	Resumen
3	Estrategias políticas victoriosas
5	¿De qué hablamos cuando decimos “hegemonía”? Una breve genealogía
7	Lo universal, en política, expresa lo moralmente correcto
8	Hegemonía, o de cuando lo particular se convierte en universal
10	La hegemonía es la capacidad para atribuirse a uno mismo lo universal y al adversario político lo particular
12	La vía para la hegemonía: crear un discurso hegemónico
13	La hegemonía y los sujetos políticos
15	El abertzalismo ha dado de sí todo lo que podía en lo que se refiere a la formación del sujeto independentista
18	La hegemonía independentista: una nueva vía hacia el independentismo, redefiniendo las dicotomías
21	Bibliografía



**Documentos 23**

*Abril de 2013*

[www.mrafundazioa.org](http://www.mrafundazioa.org)

@mrafundazioa

Unai Apaolaza Amenabar

## Resumen

El título de este trabajo hace referencia directa al libro *Hegemony and socialist strategy*, de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, publicado en 1985. Dicha obra, que podría considerarse un hito en el campo de la filosofía política, retoma y renueva el concepto de hegemonía redefinido por Antonio Gramsci, y ayuda a diseñar nuevas estrategias para alcanzar objetivos políticos mediante la lógica de la hegemonía. En el citado libro, la estrategia tiene por objetivo el socialismo, pero, como veremos más adelante, la lógica de la hegemonía sirve para elaborar estrategias políticas independientemente de su objetivo, desde el fascismo hasta el comunismo.

Mis principales objetivos, al redactar este trabajo, han sido tres: en primer lugar, una lectura (favorable) del concepto de hegemonía; seguidamente, un análisis de las ventajas para la estrategia política de una lectura positiva del concepto de hegemonía, y, por último, por lo que a nuestra situación en concreto se refiere, la incorporación de todo ello a una estrategia política que tiene por objetivo la construcción de un estado vasco.

## Estrategias políticas victoriosas

Numerosos pueblos de todo el mundo han conseguido su independencia estos últimos cien años, mientras que los países que suspiran por su libertad los miraban con cierta envidia y se preguntaban: “¿Cómo la han

---

\* La versión original y en euskara de este artículo fue publicada en el número 2 de la revista Hausnart del colectivo Lapiko Kritikoa en diciembre de 2012. La Fundación Manu Robles-Arangiz Institutua agradece, tanto al autor como al colectivo, que le hayan permitido su traducción y posterior publicación.

hecho? ¿Cómo lo han conseguido?”. Los activistas políticos de los pueblos oprimidos han recurrido en no pocas ocasiones a la búsqueda del axioma y de las leyes de la fórmula mágica, hasta que, finalmente, se han percatado de que el funcionamiento de las sociedades y el de las máquinas no es idéntico. Disponer de unos ingredientes concretos no conlleva un resultado cierto en la lógica de las sociedades. Los activistas de los pueblos oprimidos han vivido dicha situación como una gran frustración, ya que llegaban a la conclusión de que, al no contar con las mismas condiciones “objetivas” que un pueblo que ha conseguido sus objetivos liberadores, se alejaba la consecución de los objetivos políticos. Para no caer en la frustración, los activistas de los pueblos oprimidos, en lugar de luchar por sus objetivos políticos, se han limitado, con frecuencia, a intentar alcanzar las condiciones objetivas descritas por no se sabe qué libro o fórmula mágica.

Pero no contar con fórmula mágica alguna no debería ser motivo de desesperación para quienes desean cambiar el *statu quo*, sino todo lo contrario, ya que la lógica de las sociedades tiende a dar más relevancia a los factores subjetivos que a los objetivos, a poner todo el peso y la responsabilidad de la consecución de los objetivos políticos en las personas de dicha sociedad, no en leyes “objetivas” y “universales” que la sociedad no puede controlar.

Como señalábamos, lo que funciona en un lugar determinado del mundo no tiene por qué producir resultados positivos en otro. De todos modos, se pueden extraer experiencias exitosas. De dichas lecciones, la primera y más importante es la del sujeto político: la mayoría de la sociedad debe ser, necesariamente, partidaria de un determinado objetivo político; el sujeto político liberador debe contar con una mayoría lo más amplia posible.

Si observamos las vías para ampliar el sujeto político utilizadas por los pueblos que han tenido éxito en su proyecto emancipador, veremos que dicha ampliación se ha logrado alejándose de las esencias y de los particularismos, y haciendo uso de la lógica de la hegemonía.

Los objetivos de cualquier grupo en la lucha por el poder solo podrían lograrse si este grupo operara hegemónicamente sobre fuerzas más amplias que sí mismo, que, a su vez, cambiarían su propia subjetividad. Gramsci habló de voluntades colectivas. Este populismo socialista está presente en todas las movilizaciones comunistas exitosas de dicho periodo. La afirmación de Zizek de que el populismo –entendido en este sentido– es incompatible con el comunismo carece de todo fundamento. ¿Qué otra cosa estaba haciendo Mao en la Larga Marcha que crear una identidad

---

popular más vasta, hablando incluso de “contradicciones en el seno del pueblo”, introduciendo así una categoría, pueblo, que hubiera sido anátoma para el marxismo clásico? Y podemos imaginar los resultados desastrosos que hubiera obtenido Tito, en la Yugoslavia natal de Žižek, si hubiera hecho una estrecha apelación a los trabajadores en lugar de llamar a las amplias masas populares a resistir la ocupación extranjera. En un mundo heterogéneo, no hay posibilidad de acción política digna de dicho nombre a menos que la identidad sectorial sea concebida como el núcleo y el punto de partida en la constitución de una voluntad popular mas amplia (Laclau, 2008: 54-55).

Así pues, el principal objetivo de este trabajo es el análisis del funcionamiento de la lógica de la hegemonía y de cómo utilizar esta para fortalecer al sujeto independentista.

### **¿De qué hablamos cuando decimos “hegemonía”? Una breve genealogía**

“Hegemonía” es un término que se oye cada vez más en los discursos políticos. Su origen se sitúa en el siglo XIX, y fueron los socialdemócratas rusos los primeros en usarlo. Más tarde, también lo utilizó el leninismo, y Antonio Gramsci le dio una centralidad absoluta. En la actualidad, es un término que usan con frecuencia los autores que escriben sobre cuestiones políticas.

Según la visión teleológica del marxismo clásico, todas las sociedades debían superar diversas fases para llegar, finalmente, al comunismo, a una sociedad sin antagonismos de clase. El capitalismo era, en dicha lógica, una de las fases por las que, necesariamente, había que pasar para alcanzar el comunismo, y, por tanto, las sociedades capitalistas estarían más cerca del comunismo que las precapitalistas. Esta lógica –mecánica– observa la evolución de las sociedades como si se tratara de una máquina que funciona con leyes propias. Nos referimos a las leyes de la economía. Pero una teoría política que deja a un lado la subjetividad carece de recursos para explicar muchos de los hechos que acaecen en una sociedad. Así pues, el concepto de hegemonía empezó a utilizarse para ofrecer una salida teórica a dicho desfase del marxismo.

El marxismo clásico afirmaba que la sociedad está dividida en clases y que cada clase tiene sus propios objetivos políticos: la mera pertenencia a la clase trabajadora suponía una actitud favorable al comunismo, mientras que pertenecer a la burguesía suponía ser partidario de la democracia liberal. Dichas identidades políticas eran, por tanto, estáticas

o esencialistas. Pero, dado que el marxismo clásico consideraba que para alcanzar el comunismo era condición *sine qua non* pasar antes por la democracia liberal y, puesto que al menos en Rusia la burguesía local era débil, no contaba con fuerza suficiente para derrocar al zar e instaurar la democracia liberal. De ahí que la primera teorización sobre la hegemonía tuviera por objeto superar las contradicciones que provocaba en la clase trabajadora el marcarse como objetivo político la instauración de la democracia liberal. Dicha teorización seguía presuponiendo unos objetivos estratégicos “propios” a cada clase, pero, en determinados momentos, era posible fraguar “una alianza entre clases” (terminología leninista). Dicha alianza debía ser, en todo caso, provisional, y durar solamente hasta alcanzar determinado objetivo político; una vez logrado dicho objetivo, cada clase debía retomar sus propios objetivos “naturales”: la burguesía, la democracia liberal; la clase trabajadora, el comunismo. Esta visión definía las identidades políticas en función de las esencias, es decir, daba por supuesto que el mero hecho de pertenecer a determinada clase social suponía posicionarse a favor de unos objetivos concretos.

Fue Antonio Gramsci quien impuso una nueva manera de entender y de construir las estrategias políticas, dando una nueva dimensión al concepto de hegemonía: la pertenencia a una determinada clase social no presupone ya una voluntad política concreta, sino que es la voluntad política la que decide “qué” es cada cual. Un matiz extraordinariamente importante.

Gramsci define la hegemonía como una “dirección política, intelectual y moral”. En su opinión, tener la hegemonía va más allá de la supremacía política: hace falta liderazgo intelectual y moral. Así pues, tener la hegemonía es tener la supremacía moral e intelectual. Así lo expresó David Howarth:

Contra el objetivo de Lenin de construir alianzas provisorias entre las distintas clases para acabar así con el dominio clasista, Gramsci argumenta que las clases sociales particulares deben trascender sus mezquinos intereses económicos y pergeñar una ideología o “sentido común”. (...) Esto significa que las diferentes clases y grupos sociales deben llegar a compartir un arsenal común de objetivos políticos basado en nuevos conjuntos de creencias y prácticas que forjen una “voluntad colectiva”. (Howarth, 2008:319)

Laclau, explicando las teorías de Gramsci, deja todavía más claro que la hegemonía debe funcionar en el plano moral.

Es en este movimiento del plano “político” al “plano intelectual y moral” donde se opera la transición decisiva hacia un concepto de hegemonía que va más allá de la “alianza de clases”. Porque si un liderazgo político puede establecerse sobre la base de una coincidencia coyuntural de intereses que mantenga separada la identidad de los sectores intervinientes, un liderazgo intelectual y moral supone que hay un conjunto de “ideas” o “valores” que son compartidos por varios sectores –en nuestra terminología, que ciertas posiciones de sujeto corten transversalmente a varios sectores de clase–. Un liderazgo intelectual y moral constituye para Gramsci una síntesis más alta, una “voluntad colectiva” que, a través de la ideología, pasa a ser el cemento orgánico unificador de un “bloque histórico” (Laclau/Mouffe, 1985:116).

Gramsci opina que, evidentemente, dicha “voluntad política” no puede derivarse de la posición que ocupa el individuo en la sociedad o de las condiciones objetivas (clase, cultura...). La voluntad política es subjetiva; por tanto, es en dicha subjetividad donde se debe incidir. Y la manera más eficaz de incidir es hacerlo en el ámbito moral.

### **Lo universal, en política, expresa lo moralmente correcto**

Pero, ¿qué es la moral? Nos ocuparía mucho tiempo explicar qué es la moral, pero creo que, por el momento, será suficiente con la explicación que suele darse el primer día de clase de ética en la ESO: la moral es la medida según la cual todas las personas podemos valorar si las acciones concretas (en su sentido más amplio) son buenas o malas. Dicha medida o normativa viene condicionada por el momento histórico y el entorno en el que se vive.

Por eso, y seguimos con Gramsci, cuando éste afirma que la hegemonía es sobre todo moral, nos está diciendo, también, que para tener autoridad política hay que establecer, necesariamente, la medida de las normas morales. Expresado en términos sencillos, alcanzar la hegemonía es conseguir que la mayoría crea que los objetivos políticos que defendemos son justos, democráticos..., es decir, “buenos”, mientras que los del adversario son injustos, antidemocráticos.

En política, lo universal (la igualdad, la justicia, la democracia...) se identifica con valores positivos, mientras que lo particular (las reivindicaciones políticas concretas de un grupo concreto en un momento histórico concreto) se identifica, por lo general, con lo negativo. Que lo universal es bueno y lo particular malo (términos morales ambos) es una identificación que se hace en cualquier discurso político, implícita o explícitamente. Un

objetivo político “legítimo” (moralmente bueno) sería, pues, aquel que es universal.

### **Hegemonía, o de cuando lo particular se convierte en universal**

Jean Paul Sartre escribió un sonado prólogo al libro de Gisèle Halimi *Le procès de Burgos*, publicado con motivo del famoso proceso. En dicho prólogo, Sartre ofreció cobijo ideológico a la síntesis de socialismo y de nacionalismo (universal, el primero; particular, el segundo) que impulsaba por aquel entonces ETA (sobre todo), y expresó algunas ideas importantes. Sartre hizo una interesante reflexión sobre lo particular y lo universal, utilizando como pretexto la lucha de ETA.

La izquierda española (y la europea) aseguraba que la lucha por la propia cultura y lengua era incompatible con la lucha por el socialismo. En el citado prólogo, Sartre subrayó que dicha argumentación era una argucia, una trampa, y afirmó que hay dos tipos de universalidad: lo universal abstracto, por una parte, y lo universal concreto, por otra. La posición de la izquierda española se situaba en lo universal abstracto; él, por el contrario, nos situó a los vascos en lo universal concreto, subrayando la lucha por el socialismo (universal) y por nuestra cultura y lengua (particular) y añadiendo que la única vía para alcanzar lo universal es partir de lo particular.

Los conceptos universales abstractos solo existen, según Sartre, en un plano teórico; los universales concretos, por el contrario, son conceptos universales que crean un determinado grupo de gente en un momento histórico determinado. Sartre afirmó que la única manera de materializar lo universal (la igualdad, la democracia, la justicia, la libertad, la paz...) es lo universal concreto, es decir, que la única vía para alcanzar la justicia, por ejemplo, sería partir de una situación histórica concreta. Aseguró, por otra parte, que la materialización de lo universal solo puede conseguirse si algunas reivindicaciones particulares simbolizan la justicia, la democracia, la igualdad, la libertad... No se puede materializar lo universal –señalaba– si no está relacionado con alguna o algunas situaciones particulares, ya que se trataría de una universalidad sin contenidos, abstracta: las casas pueden construirse con ladrillos, piedras, paja, madera..., y todas ellas son casas; lo que no se puede es construir casas sin material alguno. Así pues, la condición necesaria para la existencia de lo universal es que esté “contaminada” por reivindicaciones políticas particulares. Así expresó Simone de Beauvoir la esencia de dicha reflexión:

En el Proceso de Burgos se juzgó a varios miembros de ETA, a quienes el régimen de Franco acusaba de complot contra el estado. Gisèle Halimi participó como observadora en dicho proceso, y publicó el documento principal en forma de libro (editorial Gallimard). Pidió a Sartre que le escribiera un prólogo, quien aceptó encantado. Contextualizó el llamado problema vasco, y relató su lucha, especialmente la historia de ETA. Condenó enérgicamente la opresión franquista, en general, y, en especial, el Proceso de Burgos, la manera en que este fue organizado y llevado a cabo. Aprovechó para expresar una idea a la que llevaba tiempo dando vueltas, partiendo de un ejemplo concreto; es decir, recurrió a la esencia para aclarar la contradicción: por una parte, tenemos lo universal abstracto, aquello que citan continuamente los gobiernos y entes similares; por otra, lo universal simple o concreto, que se encuentra en las sociedades formadas por seres de carne y hueso. Afirmaba Sartre que lo universal concreto se materializa –por dentro y por fuera– en las revoluciones anticolonialistas, y que es ese, precisamente, el concepto válido, ya que sitúa a los ciudadanos en su contexto, en su cultura, en su lengua, y no como si fueran meros conceptos. Contra el socialismo centralizador y abstracto, Sartre reivindicó otro socialismo, descentralizador y concreto. Esa era, precisamente, la universalidad singular vasca con la que ETA se enfrentaba a los opresores. Había que crear al hombre socialista, con los pies bien puestos sobre su tierra, su lengua, sus costumbres. Así, y no de otra manera, se conseguirá, poco a poco, que el hombre deje de ser producto de su producción y sea hijo del hombre (Txillardegui, 2006:35-36).

Cuando hablamos de la separación entre lo universal y lo particular, la diferencia entre lo universal abstracto y lo universal concreto aparece con frecuencia. He aquí, como botón de muestra, la respuesta de Zizek en una entrevista concedida a la revista Argia.

Soy partidario de la universalidad. Pero la universalidad no tiene por qué dejar a un lado tu particularidad. La cuestión no es renunciar a tu particularidad; al contrario, debes ver tu particularidad como un medio para tomar parte en lo universal. La idea de la izquierda universalista de que debemos renunciar a nuestra identidad es errónea, ya que nadie vive en un espacio abstracto (Zizek,2010).

Así pues, la única manera de plasmar lo universal (la igualdad, la democracia, la justicia, la libertad, la paz...) es lo universal concreto. Decir “democracia” no significa nada si no ubicamos dicha democracia en un tiempo y en un lugar concretos. Otro tanto sucede con los conceptos de justicia y de paz: si no los concretamos en lo particular, no significan nada *per se*, o pueden significar cualquier cosa. Recordemos, por ejemplo, que Franco organizó la campaña “25 años de paz” para celebrar el 25 aniversario

sario del fin de la Guerra Civil, o que el franquismo se autodenominaba “democracia orgánica”.

Lo universal, por tanto, no es más que lo particular que, en un momento dado, ha conseguido la supremacía. La lucha por la hegemonía es, por consiguiente, la lucha por convertir en universal lo particular, aquello a lo que el grupo de cada cual da prioridad. Lo universal es lo particular disfrazado; esa es, precisamente, la condición para que exista lo universal. Resumiendo: lo universal es lo particular que ha logrado la hegemonía, y se produce cuando una demanda particular es vista y aceptada como universal, es decir, cuando una reivindicación política particular expresa democracia, justicia, igualdad... se produce el momento hegemónico.

La expansión imperialista Europea tuvo que ser presentada en términos de una función universal civilizadora, modernizadora, etc. Por consiguiente, las resistencias de otras culturas fueron presentadas, no como luchas entre identidades y culturas particulares, sino como parte de una lucha omníbarcante y epocal entre universalidad y particularismos. La noción de “pueblos sin historia” expresa precisamente la incapacidad de estos para representar lo universal (Laclau,1995:43).

Para Gramsci, no obstante, la única universalidad que la sociedad puede lograr es una universalidad hegemónica, una universalidad contaminada por la particularidad (Laclau,2003:56).

### **La hegemonía es la capacidad para atribuirse a uno mismo lo universal y al adversario político lo particular**

Aunque la hegemonía se utilice, a menudo, de manera cuantitativa hoy en día y, más concretamente, se identifique con obtener más votos y representantes que el resto de los partidos políticos en las elecciones, dicha perspectiva conlleva una interpretación errónea del concepto de hegemonía y, por consiguiente, un debilitamiento de su utilidad. La supremacía electoral sin hegemonía es posible, pero, en ese caso, la supremacía sería un elefante con pies de trapo y sería tan efímera como el viento sur en lo más crudo del invierno. Por el contrario, la victoria electoral (referéndum...) fruto de la hegemonía convierte los pies de trapo del elefante en otros de carne y hueso, y trae consigo la primavera.

La lucha por la hegemonía es la lucha por establecer la “medida” de la sociedad, ya que será ella quien gradúe las gafas que utilizará esta. La lucha por la hegemonía es la lucha por construir lo que “es normal”, la lucha por diseñar los valores con los que va a vivir una sociedad. Una vez

---

---

alcanzada la hegemonía, los objetivos políticos pueden lograrse casi sin lucha política, ya que la sociedad tiende a apoyar lo hegemónico cuando actúa “normal”. Lo “normal” es lo “apolítico”, y, puesto que apoyar lo hegemónico es apoyar lo “normal”, dicha actitud no puede considerarse una acción política, sino moral. Para ser más precisos, una acción moral correcta. Más que de una acción política, se trataría de actuar con “normalidad”, con “sentido común”, con “humanidad”...

De modo que la lucha por la hegemonía ideológico-política es siempre una lucha por la apropiación de los términos “espontáneamente” experimentados como “apolíticos”, como términos que trascienden los límites políticos. (Zizek, 2001;191)

Por citar un ejemplo concreto, analizaremos un discurso que, en la década de los 90 del pasado siglo, tuvo un nivel de aceptación (hegemonía) considerable en Euskal Herria: el discurso que dividía a la sociedad vasca entre partidarios de la violencia, por una parte, y demócratas, por otra. Quienes elaboraron dicho discurso, en lugar de dividir a la sociedad en base a las posiciones políticas lo hicieron en base a las posiciones éticas, y subrayaron que dicha división era anterior a la política. Quienes padecieron la peor parte de dicha división (los “violentos”) vieron muy mermada su capacidad para actuar e influir en política. Pero dicha división, supuestamente anterior a la posición política de cada cual, es una herramienta política de enorme utilidad, y tiene por objetivo, precisamente, mermar cuanto sea posible la capacidad política del adversario político. La dicotomía entre “violentos y demócratas” fue una estrategia política para debilitar el independentismo, no una estrategia en pro de los derechos humanos universales que decía defender.

Crear una dicotomía entre posiciones morales en lugar de hacerlo en función de las posiciones políticas es algo que hacen todos los movimientos políticos que gozan de una posición hegemónica: afirman ser representantes de lo universal y que el adversario lo es de lo particular. En lugar de utilizar la lógica política, quien goza de hegemonía hace uso de la lógica moral.

Lo que ocurre es que, actualmente, lo político se expresa en un registro moral. En otras palabras, aún consiste en una discriminación nosotros/ellos, pero el nosotros/ellos, en lugar de ser definido mediante categorías políticas, se establece ahora en términos morales. En lugar de una lucha “izquierda y derecha” nos enfrentamos a una lucha entre “bien y mal” (Mouffe, 2007,13).

La lucha por la hegemonía es la lucha por la objetividad, por establecer cuáles son las “verdades”. Contar con la hegemonía supone ser poseedor de la “verdad”, de lo universal.

Entender así la hegemonía es una llamada a la acción, a ser eficaz utilizando cualquier medio. Ser eficaz, por su parte, es atraer las propias coordenadas a la mayoría de la sociedad (voluntad política), lo que no significa, necesariamente, que la mayoría de la sociedad comparta nuestros objetivos políticos. Es un proceso anterior y más primario, y significa que se está jugando en tu campo, con tus reglas. ¿Acaso no invadió Bush Afganistán (y luego Irak) en nombre de la democracia y de la justicia? Los invasores llamaron primero “Justicia infinita” a la operación y, posteriormente, “Libertad duradera”, conceptos universales ambos, aunque la invasión fue cruelmente violenta y costó muchos miles de vidas. Son las ventajas de la hegemonía.

### **La vía para la hegemonía: crear un discurso hegemónico**

Hemos definido la hegemonía como un concepto que se sitúa en el plano moral pero diseñado para ser utilizado con eficacia en el plano político: se presentan las reivindicaciones políticas particulares como si fueran universales, por lo que se convierten en moralmente “buenas”. Como señalábamos antes, lo universal está estrechamente relacionado con lo moral, ya que la diferenciación “universal, bueno; particular, malo” aparece, implícita y explícitamente, en todos los discursos. Así pues, gozar de hegemonía es tener la capacidad de atribuirse lo universal como propio y de imputar lo particular al adversario. La hegemonía es, por tanto, la capacidad de diseñar el campo de juego. Pero, ¿cómo se dibuja el campo y se redactan las reglas de juego? Creando un discurso hegemónico.

Un discurso no es, solamente, aquello que aparece escrito en los libros o en los diarios, o lo que dice un predicador desde el púlpito. Es todo eso, pero también mucho más: además de los relatos y de los discursos de las élites, las creencias, mitos, valores... de una comunidad (y las acciones que provocan) también forman parte del discurso.

El discurso constituye el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos aclarado varias veces, sino un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto, “relación” y “objetividad” son sinónimas (Laclau, 2005;92).

---

---

Por tanto, quienes optan por un determinado discurso quieren situar este por encima de los demás discursos, es decir, quieren convertirlo en hegemónico, ya que, en caso de que así fuera, dicho discurso sería fuente de objetividad y de “verdades”. Así, el discurso hegemónico de una sociedad determinada decidirá qué es verdad y qué no lo es, qué está bien y qué no, y, finalmente, qué objetivos políticos son prioritarios y cuáles no. Los discursos no son, pues, descriptivos; son herramientas para transformar la realidad, o para mantenerla tal cual. Quien pretenda cambiar el *statu quo* debe crear un discurso hegemónico; si no lo hace, le será imposible cambiar nada.

Para que un discurso sea hegemónico, debe remarcar una y otra vez, implícita y explícitamente, la universalidad de los objetivos políticos que persigue. Si las reivindicaciones en las que hace hincapié son particulares, dicho discurso no será hegemónico jamás, porque es imposible fijar la “voluntad colectiva” de una sociedad haciendo mención únicamente a lo particular. Será, pues, muy difícil forjar un sujeto político que obtenga una mayoría que persiga determinado objetivo político, puesto que es imposible atraer a gente de otras posiciones políticas si el discurso no tiene el nivel de hegemonía exigible.

Un discurso será hegemónico si utiliza la vía de lo universal abstracto, ya que la mayoría de la sociedad identificará con lo universal los objetivos políticos particulares que aquel pregona. Solo aquellos sujetos políticos que consigan expresar sus reivindicaciones políticas (particulares) mediante conceptos universales (es decir, aquellos que alcanzan la hegemonía) pueden conseguir sus objetivos políticos. Crear un discurso y convertirlo en hegemónico es la vía para alcanzar dicha meta.

### **La hegemonía y los sujetos políticos**

Un grupo de personas con una voluntad concreta de incidir en la sociedad comparte una identidad política. Incidir en la sociedad supone inculcar una voluntad o un deseo en los individuos de una determinada sociedad. Así pues, la política sería la acción de expandir la propia identidad entre el resto de individuos de la sociedad por parte de quienes comparten una misma identidad política.

Como señalábamos al comienzo de este trabajo, la primera condición para alcanzar un objetivo político (el que sea) es que el sujeto político partidario de dicho objetivo tenga la hegemonía en una sociedad concreta, es decir, que debe tener el mayor número posible de personas de una socie-

dad concreta a favor de un objetivo político concreto. Los sujetos políticos, por su parte, se crean y se difunden con los discursos políticos. Atendiendo a la lógica que utilizan, los que más se escuchan son los que usan la lógica de la hegemonía, por una parte, y los de la lógica de las esencias, por otra.

La lógica de los discursos esencialistas pretende diseñar el sujeto político *a priori*; quiere limitar con factores objetivos un sujeto que es político. De esta manera, los distintos discursos esencialistas llegan a la siguiente conclusión: ser poseedor de un factor objetivo particular lleva, lógicamente, a tener una voluntad política. Dichos discursos afirman que utilizar determinada lengua, pertenecer a tal o cual clase social... supone la existencia de una voluntad política concreta. En opinión de Ernesto Laclau, los discursos esencialistas no tienen lógica alguna:

La búsqueda de la "verdadera" clase obrera es un falso problema, y como tal carece de toda relevancia teórica o política. Lo anterior no implica, evidentemente, que haya una incompatibilidad entre clase obrera y socialismo sino la afirmación, muy distinta, de que no es posible deducir lógicamente intereses fundamentales en el socialismo a partir de determinadas posiciones en el proceso económico (Laclau, 1985:112).

El principal error de los discursos esencialistas sería, pues, el de negar la politicidad: al situar la formación del sujeto político fuera de la voluntad, niegan la posibilidad de atraer, mediante la acción política, distintas voluntades políticas a los propios parámetros. Desde este punto de vista, la conclusión es evidente: los sujetos políticos son estáticos, es decir, ni se amplían ni se reducen. Los discursos esencialistas, al negar la variabilidad de los sujetos políticos, son, pues, una mera justificación del *statu quo*; no son capaces de crear sujetos políticos que puedan alcanzar objetivos políticos. Los discursos esencialistas niegan la política, dado que la política es, en buena medida, la lucha por captar voluntades.

Es la voluntad política la que da forma al sujeto político, no una característica objetiva que huye de la voluntad. El sujeto político lo constituyen quienes apoyan un mismo objetivo político, y esa es, precisamente, la única condición: compartir un mismo objetivo político. La lógica de la hegemonía subraya este hecho, que conlleva una nueva manera de enfocar la lucha política, basada en la voluntad política (subjetiva) y no en factores objetivos.

Aceptemos, como hipótesis, que un factor objetivo concreto es determinante para compartir determinada voluntad política. En ese caso, la

---

---

lucha política se limitaría a que todos compartiéramos el mismo factor objetivo, algo que, evidentemente, no tiene sentido, es un puro disparate.

La lógica de la hegemonía nos dice, en referencia a los sujetos políticos, que nada es inmutable. Quien hoy no vota puede que mañana lo haga; quien hoy acepta el capitalismo es posible que mañana opte por el socialismo; quien es hoy una mera pieza de un gobierno opresor puede convertirse en el mayor enemigo de dicho gobierno y, por último, quien hoy es unionista puede ser mañana independentista. Es lo que nos indica la lógica de la hegemonía, que, bien utilizada, reporta beneficios políticos al sujeto político que opta por ella. Por el contrario, quien opte por la lógica esencialista verá que el sujeto político va mermando, ya que prioriza la conservación en detrimento de la expansión. Y un sujeto político que no se expande, que no crece, está condenado a desaparecer. Es solo cuestión de tiempo.

La idea de hegemonía nos impele, pues, a luchar, dejando a un lado los determinismos, sin establecer vínculos lógicos entre factores objetivos y voluntades políticas. Según el concepto de hegemonía, la consecución de objetivos políticos depende de aquello que hacemos.

Los límites para la expansión de los sujetos políticos no son objetivos, al contrario de lo que afirma la visión esencialista, sino subjetivos, según esta idea de hegemonía, y, en la medida en que lo son, pueden ampliarse o reducirse. La lucha por la hegemonía es una lucha por ampliar los sujetos políticos, la voluntad política, y un sujeto político que quiera alcanzar objetivos políticos debe, necesariamente, expandirse.

### **El abertzalismo ha dado de sí todo lo que podía en lo que se refiere a la formación del sujeto independentista**

Los expertos coinciden en al menos una cosa al hablar de nacionalismo: es un movimiento o una ideología creada en la era moderna, a finales del siglo XVIII y a principios del XIX, para ser más precisos. Más polémica resulta la cuestión de la existencia de las naciones antes de la aparición del nacionalismo. Dicha cuestión, al igual que la mayoría de las relacionadas con este tema, se plantea como una dicotomía: 1) Pueden considerarse naciones solamente aquellas que son fruto de un discurso nacionalista; 2) Ya había naciones antes de que apareciera el discurso nacionalista.

Hubo naciones en la Era Premoderna, y numerosos escritos de la época dan fe de ello. La mayoría de las veces, la nación la conformaba la

comunidad lingüística, es decir, quienes hablaban la misma lengua. Que aquella gente tuviera conciencia de pertenecer a dicha comunidad o no, apenas tenía importancia: podían ser parte de la nación sin que fueran conscientes de ello. Al igual que un roble no tiene consciencia de su “robleidad” (entre otras cosas, porque el concepto “roble” lo hemos creado los humanos), tampoco quien hablaba alemán era consciente de su pertenencia a la nación alemana. Eran naciones sin dimensión política. Así pues, son diferentes la nación creada partiendo del discurso nacionalista y la de la Era Premoderna.

Por tanto, si se dice que la nación es producto del discurso nacionalista, estamos hablando de la nación surgida hace unos 200 años, no de la nación de la Edad Media. Aun admitiendo la existencia de naciones en la Era Premoderna, lo que analizaremos aquí es el sujeto político al que llamamos nación, marcado por el discurso nacionalista. En otras palabras: analizaremos la nación que quiere incidir en la vida política. No es nuestra intención debatir si hubo o no naciones en la Era Premoderna, ya que lo considero un debate estéril. Al fin y al cabo, lo que oculta dicho debate es la polémica entre quienes defienden la existencia eterna de la nación y quienes afirman que la nación es un ente en permanente construcción. Y aunque dicha polémica pueda presentarse, como en otros muchos casos, como un debate histórico, se trata, en realidad, de un debate político. Hablamos, pues, de un debate político disfrazado de histórico.

Pero, ¿de qué hablamos cuando mencionamos el discurso nacionalista? De nacionalismo. Los diferentes nacionalismos han elaborado distintos discursos sobre la nación: la nación es esto o es aquello; la nación la define la lengua, el territorio, la historia, la religión, la raza, la voluntad de sus habitantes... Llamaremos, pues, discurso nacionalista a aquellos que crean los nacionalismos y a aquellos que crea y utiliza el sujeto de dichos discursos (la nación). Por tanto, trataré a los términos “nacionalismo” y “discurso nacionalista” casi como si fueran sinónimos.

Diseñando, “creando” la nación, el discurso nacionalista (el nacionalismo) tiene, pues, por objetivo la creación de un sujeto político fuerte o hegemónico para, así, alcanzar más fácilmente objetivos políticos. En el caso de Euskal Herria, en la medida en que se trata de estrategias para formar el sujeto independentista, hablaremos de estrategias para la independencia.

El discurso nacionalista –decíamos antes– es una estrategia para alcanzar objetivos políticos. Pero, ¿por qué se ha utilizado hasta ahora el nacionalismo, y no otra estrategia? La Revolución Francesa es considera-

---

---

da como uno de los principales hitos de la historia, y, a menudo, como el fin de los diferentes esquemas de autoridad heredados de la Edad Media. Más allá de los acontecimientos, también en el campo de la historia de las ideas aparece la revolución burguesa como un hito o un símbolo, ya que afirmaba que el “pueblo” era soberano (en teoría, al menos) e impulsó el debate sobre los derechos. Fue en tiempos de la Revolución Francesa cuando “surgió” la idea de que la soberanía correspondía al pueblo y no a un rey elegido por Dios. El artículo tercero de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano dice así: “La fuente de toda soberanía descansa, esencialmente, en la nación. Ningún grupo ni individuo puede hacer uso de una autoridad que no emane expresamente de la nación”.

El pueblo soberano se identifica con la nación, y comienzan los discursos sobre este nuevo sujeto político soberano. Son discursos que mitifican a la nación, y tratan de definir las condiciones necesarias para pertenecer a esta. El objeto del discurso nacionalista es decidir cómo debe ser ese nuevo sujeto político soberano que acaba de nacer, buscando la eficacia para alcanzar objetivos políticos. Así pues, el surgimiento del nacionalismo viene a llenar el vacío dejado por la debilidad de los esquemas de autoridad medievales. En la Era Moderna, se van debilitando los agentes de la Edad Media que conservan la autoridad, y los diferentes discursos nacionalistas intentan definir, diseñar y moldear el nuevo sujeto político que está surgiendo: la nación. Esta (la nación) se convierte en el principio legitimador del estado moderno, mientras que el discurso nacionalista o el nacionalismo es la estrategia para justificar o conseguir el estado. La reivindicación del estado propio (la independencia) no es una herramienta para proteger a la nación, sino más bien al contrario: la nación es una estrategia para conseguir la independencia o justificar el estado.

El surgimiento del nacionalismo vasco se produce cuando se afirma que Euskal Herria es una nación. El abertzalismo ha contado, desde sus inicios, con diferentes maneras de estructurar el sujeto de la independencia; es decir, ha definido de diversas formas la nacionalidad: con la raza (Sabino Arana), la lengua, la clase social..., y, los últimos años, con la historia, y con la lengua entendida de manera determinista. Todos estos intentos han sido estrategias políticas llevadas a cabo según la situación sociológica del momento, intentos de estructurar el sujeto independentista, con todos sus pros y sus contras.

Si consideramos que ser abertzale es condición indispensable para ser independentista, dificultaremos la tarea de estructuración de un sujeto independentista fuerte, ya que a la misión de atraer nuevos independen-

tistas se le añade la de ser abertzale. Por otra parte, vista la confusión de los diferentes discursos abertzales para definir la nacionalidad, ¿qué condiciones habría que cumplir, exactamente, para ser miembro de la nación vasca (independentista)? ¿Saber euskera, ser socialista, ser navarro (sentirse...)? Más que un medio para estructurar el sujeto independentista, el abertzalismo, a menudo, se ha convertido en objetivo, hasta el punto de afirmar que para ser independentista hay que ser necesariamente abertzale.

Si no se abre una vía hacia el independentismo que no pase por el abertzalismo, será muy difícil conseguir una mayoría amplia, ya que el abertzalismo, en lugar de ayudar a estructurar el sujeto independentista, se convertiría en freno y prisión de este. El independentismo ha avanzado o se ha expandido cuando se le ha identificado con lo universal: la libertad, los derechos, la justicia, la igualdad... Cuando se le ha identificado con lo exclusivamente particular (así lo han hecho, con frecuencia, los discursos abertzales), el sujeto independentista ha retrocedido.

En el caso de Euskal Herria, solamente el independentismo que trascienda las fronteras del abertzalismo prodrá conseguir su objetivo: crear un estado vasco.

### **La hegemonía independentista: una nueva vía hacia el independentismo, redefiniendo las dicotomías**

Imaginemos, pues, aunque sea de manera somera, qué supondría que el independentismo alcanzara la hegemonía y cómo llegar a dicha situación.

Decíamos que el discurso político que logra la hegemonía tiene la capacidad para definir el campo y las reglas de juego, y que dichas normas afectan a la mayoría de la sociedad. Este hecho no significa que la mayoría de la sociedad apoye al sujeto político preferido por el discurso hegemónico; significa, únicamente, que la mayoría de la sociedad está obligada a vivir con los conceptos, valores, prejuicios... que marca el discurso hegemónico. A corto y mediano plazo, todo ello supone la expansión del sujeto político preferido por el discurso hegemónico.

Un discurso independentista hegemónico debe subrayar que la independencia, como objetivo político, es positiva, y, para tal fin, debe valerse de lo universal, como ya hemos señalado. Un discurso independentista hegemónico debe identificarse con lo universal, remarcando que es su mejor garante. Durante años, el abertzalismo (la estrategia para crear el sujeto político independentista) ha aceptado el campo y las reglas de

---

---

juego del unionismo, motivo por el que ha definido su lucha como defensa de lo particular, en lugar de plantearla como defensa de lo universal. Los independentistas hemos aceptado, en buena medida, la dicotomía impuesta por los unionistas, ya que plantear la creación de un estado vasco se ha presentado, con frecuencia, como una defensa de lo particular, dejando al adversario político (al unionismo) el monopolio de lo universal: la opción política justa, democrática, partidaria de la igualdad...; universal, en una palabra.

Uno de los principales retos del independentismo es invertir, cambiar dicha dicotomía. El independentismo que aspire a construir un estado deberá subrayar que la independencia es una opción universal y que el unionismo atenta contra lo universal. El sujeto independentista conocerá una tremenda expansión si se actúa así. Por consiguiente, debemos apropiarnos de los valores universales que, con frecuencia, han solido utilizarse para atacar al independentismo, y no dejar el monopolio de lo universal a los unionistas, tal y como se ha solido hacer en demasiadas ocasiones. Un discurso independentista que aspire a la hegemonía debe superar dicha situación, cambiando la dicotomía (demócratas/violentos, particularista/universalista...) que tanto ha marcado la actividad política y presentar dicotomías diseñadas por el independentismo. En la medida en que vaya logrando dicho objetivo tendrá el independentismo una de las principales llaves del éxito.

Hay que convertir la lucha por la independencia de Euskal Herria en una lucha por la democracia, la justicia, los derechos humanos... universales. Expresado en términos morales, hay que convertirla en una lucha "buena", moralmente hegemónica. Si ponemos los valores particulares como justificación de la lucha, no daremos el salto de la lógica particular a la universal, no alcanzaremos la hegemonía y, por tanto, no conseguiremos nuestro objetivo político, la independencia. El independentismo conseguirá la hegemonía en la medida en que los objetivos políticos particulares que se utilizan para justificar el independentismo simbolicen objetivos universales.

Si en la citada dicotomía se diseña un sujeto independentista y dicho sujeto se "apropia" de los valores universales, es posible superar los límites que impone al sujeto independentista el discurso abertzale. Es difícil estructurar un sujeto político fuerte con los valores particulares, tal y como ha solido hacer el abertzalismo, ya que los sujetos así creados tienen por objeto resistir, es decir, sufrir el menor desgaste posible. Pero identificar al sujeto político con la defensa de valores universales ofrece la posibilidad

de atraer a nuestras posiciones a cualquier ciudadano, ya que no hay ninguna condición previa, salvo la de defender los citados valores universales. Y en la medida en que el discurso independentista hegemónico consiga identificar la independencia con lo universal, pone una sola condición para ser independentista, la de querer la independencia, que equivaldría a querer la libertad, la democracia, la igualdad...

Desde el momento en que el abertzalismo pasó de instrumento para la formación del sujeto independentista a objetivo, ha resultado perjudicial para la estrategia independentista, ya que ha añadido la condición de ser abertzale al sujeto independentista. El abertzalismo ha sido un medio para configurar el sujeto independentista, pero, al igual que todas las estrategias políticas, debe observar la situación política del momento y adaptarse a ella; de lo contrario, puede alejarnos de nuestros objetivos políticos. La estrategia de construcción nacional (digámoslo claramente), en lugar de ayudar a expandir el sujeto independentista, ha sido una compuerta de contención para este, una jaula.

Para superar los límites que el abertzalismo impone al sujeto independentista, el independentismo tiene que apoyar un discurso que no pase por el abertzalismo y que desemboque en el independentismo. Dado que el abertzalismo es una estrategia para crear el sujeto independentista, lo importante no es ser abertzale, sino ser independentista. Identificar abertzalismo con independentismo perjudica a la expansión del sujeto independentista, en lugar de ayudarlo. Se puede ser independentista sin ser abertzale. La lógica de la hegemonía puede sernos útil en ese cambio de estrategia.

---

## Bibliografía

- BHABHA, Homi K. (2010) "Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales". Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- HOWARTH, D. (2008): "Hegemonía, subjetividad política y democracia radical" in Critchley S.eta Marchart O. Laclau, aproximaciones críticas a su obra, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU. E. (1985): Hegemonía y estrategia socialista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E. (1995): Universalismo, Particularismo y el tema de la identidad, <http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:filopoli-1995-5-1C777F7B-79B6-19D3-B6B9-B7F90B382C27/univHYPERLINK> "http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:filopoli-1995-5-1C777F7B-79B6-19D3-B6B9-B7F90B382C27/universalismo\_particularismo.pdf"ersalismo\_particularismo.pdf<http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:filopoli-1995-5-1C777F7B-79B6-19D3-B6B9-B7F90B382C27/univHYPERLINK> "http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:filopoli-1995-5-1C777F7B-79B6-19D3-B6B9-B7F90B382C27/universalismo\_particularismo.pdf"ersalismo\_particularismo.pdf
- LACLAU. E. (2003): Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de la izquierda, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E.- MOUFFE C.(2004): Hegemonía y estrategia socialista, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E. (2005):La razón populista, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E. (2008): Debates y combates. Por un nuevo horizonte en la política, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MOUFFE C. (2007): En torno a lo político, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- TXILLARDEGI (2007): Horretaz, Donostia: Elkar
- ZIZEK S. (2001): El espinoso sujeto, Bartzelona: Paidós
- ZIZEK S. (2010): <http://www.argia.com/argia-astekaria/2236/slavoj-zizek>, Argia aldizkariko 2236. alean egindako elkarrizketa.

